

¿Qué piensan los jóvenes de hoy?

Juan Jacobo Rousseau publicó en 1762 una obra famosa titulada *Emile ou de l'éducation* (1). ¿Cuál es la trama de esta obra?

Rousseau se imagina que le confían a un niño que es huérfano de padre y madre, y que él, Rousseau, le sucede en todos sus derechos y deberes educativos (2). Describe, pues, en su libro todo lo que iría haciendo como educador al lado del niño que va desarrollándose.

Si Rousseau meramente hubiera escrito este libro, como podría escribirse un libro de aventuras, no habría tenido mayor trascendencia su obra; pero el hecho es que a través de los diversos incidentes se descubre una mentalidad radicalmente distinta, en los puntos fundamentales: porque *toda pedagogía en el fondo es una traducción en el plano práctico y particular de la educación, de un orden más profundo, que son las ideas filosóficas y teológicas*. Por esto dice Rousseau al empezar su obra, que aunque hable del niño imaginario Emilio, en realidad su verdadero intento es algo más hondo, algo que es la secreta filosofía y teología que rigen todos los episodios de esta vida novelesca del pobre Emilio: «Notre véritable étude est celle de la condition humaine». «Nuestro verdadero estudio es el de la condición humana» (3), porque podríamos llamar a los niños verdaderos «hombrécitos» (4).

Ahora bien, ¿cuál es el principio fundamental que está en la mente de Rousseau? El principio fundamental, fruto lógico de la soberbia del período de la *Enciclopedia* y de la *Aufklärung* es que *el hombre es perfecto y se basta a sí mismo*. Si viene el mal, esto no es una deficiencia de su nacimiento; es un defecto contraído por la *educación*, o en general, por la influencia de la *sociedad* sobre el hombre; pero el hombre en sí mismo considerado, sería íntegro. En otras palabras: que el hombre *nace sin pecado original*.

(1) París, Edic. F. Didot 1858: ésta es la edición que citamos.

(2) O. c., pág. 27.

(3) Introducción, p. 12.

(4) O. c., libro I, p. 46.

Nosotros, católicos, sabemos por la Fe que el hombre nace con un pecado de origen, que no ha contraído con una acción libre personal, sino por la de otro, a cuya voluntad estaba asociado como hombre.

Porque Dios, sin estar obligado a ello, concedió gratuitamente al hombre el darle una felicidad inconcebible con la posesión de Dios en el cielo, viéndolo intuitivamente; esto es lo que llamamos *sobrenatural*, superior a las exigencias de la naturaleza. La exigencia de la naturaleza solamente sería que el hombre al morir pudiese tener como premio una cierta visión de Dios, parecida a la que atribuimos a los niños que mueren sin el bautismo: no la visión intuitiva, que dará la felicidad saturante. Pero sabemos que Dios concedió este don superior mediante la gracia y que la concedió de un modo condicionado: si nuestros primeros padres pecaban, perderían para sí y para sus herederos, todos los hombres, este don gratuitamente concedido.

Ahora bien, junto con este don, que es la gracia santificante, iban otros dones, que eran por ejemplo la inmortalidad y la inmunidad de concupiscencia.

Si el hombre hubiese conservado la justicia original y naciese ahora sin pecado original, no sólo nacería con la gracia santificante (y el bautismo ya no se habría instituido, ni habría sido necesaria la muerte y redención de Jesucristo para borrar este pecado) sino que el hombre nacería *sin el desorden de la concupiscencia*. Este desorden consiste en que el hombre no precede con su razón y con su voluntad, de modo que siga después el apetito de la carne o en general todo apetito sensible, sino al revés: diga lo que diga la razón y quiera lo que quiera la voluntad, es la concupiscencia quien antecede y va por sí misma a su objeto material y sensible, sin cuidarse de que con ello contradice a la ley de la razón. San Pablo en su carta a los Romanos describe esta triste condición de los hombres con unas frases patéticas y al mismo tiempo interesantes por su objetividad y verdad.

Por lo tanto, según la doctrina católica, el hombre nace privado de la gracia y privado del don de la integridad que le hacía dueño de sí ante sus atractivos: es decir, nace en estado de naturaleza caída, nace con sujeción a la concupiscencia, no con necesidad física de seguirla (pues sigue siendo libre) pero sí con la esclavitud que es sentir sus embates.

De ahí se sigue una consecuencia importante: ¿puede el hombre bastarse a sí mismo? En otras palabras: dejemos a un hombre solo, *sin la ayuda de las gracias actuales*, ¿puede este hombre evitar todo pecado grave? ¿puede haber un «santo laico»?

La respuesta de nuestra Fe es bien clara y todo católico bien instruido la conoce: *no puede*. Es decir, si el hombre no tuviera la ayuda de la gracia de Dios, que ciertamente cooperará con su buena voluntad si él la pide y se esfuerza, el hombre no podría *por mucho tiempo*, si se le presentan los atractivos del pecado,

permanecer sin quebrantar algún que otro precepto grave de la ley natural, es moralmente imposible que permanezca sin pecar alguna vez.

Esta condición es algo humillante: es algo que nos hace depender continuamente de Dios; nos hace tener que acudir a El con oración, con los Sacramentos (que precisamente nos dan gracia), y por tanto con la sujeción a la Revelación histórica y a cuanto Dios nos comunicó por medio de Jesucristo, como es admitir los misterios divinos por El revelados.

¿Cómo podía ser que todo esto no chocase con el hombre del Renacimiento, o mejor, con la soberbia de los Enciclopedistas que siguieron al Renacimiento, los cuales querían que el hombre se bastase a sí mismo? Imposible. Todo esto era rebajar al hombre y hacerlo depender de Dios. Ellos querían al contrario afirmar que era tal la naturaleza del hombre que por sí misma iría a conocer y a amar a Dios, sin ayuda de la Gracia misericordiosamente concedida como un don gratuito, no como una cosa debida; querían que el hombre por su misma naturaleza pudiese dominar su concupiscencia y ser perfecto; en una palabra, querían todos los mitos que he mencionado antes.

Por esto Rousseau que está inmediatamente al final del período histórico de la «Ilustración», establece como principio inconcuso que el niño en cuanto sujeto que ha de ser educado, tiene una naturaleza en la que *no hay pecado original*: «Posons pour maxime incontestable que les premiers mouvements de la nature sont toujours droits: *il n'y a point de perversité originelle dans le coeur humain; il ne s'y trouve pas un seul vice dont on ne puisse dire comment et par où il y est entré*»; «Pongamos como máxima incontestable que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos: no hay perversidad original en el corazón humano; no hay en ella ni un solo vicio del que no se pueda decir por dónde entró» (5).

Ahora se comprenderá perfectamente la idea directora de toda la pedagogía de Rousseau y el porqué de todas sus normas y prescripciones: dejar a la naturaleza (que en todo es por sí misma buena) y reducir la intervención del pedagogo más a impedir, que a hacer positivamente. Así lo dice: «Pour former cet homme rare qu'avons-nous à faire? Beaucoup, sans doute: c'est d'empêcher que rien ne soit fait» «Para formar a este hombre singular, ¿qué hemos de hacer? Mucho, sin duda: impedir que se haga nada» (6).

Nada de Colegios (a los que mira consecuentemente Rousseau con verdadera antipatía) (7) sino llevar al niño a la *soledad* de la naturaleza, especialmente en el tiempo en que suele venir la pubertad. En una palabra, en los comienzos de la educación la norma

(5) O. c., libro II, p. 78.

(6) O. c., libro I, p. 11.

(7) O. c., pág. 10, 22, 23.

pedagógica es eminentemente negativa: «la seule *habitude* qu'on doit laisser prendre à l'enfant est de n'en contracter aucune...» «El solo *hábito* que hay que dejar contraer al niño es el de no contraer ninguno» (8)

Consecuencia de este soberbio naturalismo es que no hay que enseñar al niño desde pequeño, *la obediencia, la sujeción, estimar la dirección* de sus maestros; ¡nada de esto! Tan sólo regularle *la necesidad*, sin obediencia, ni castigos: «N'offrez jamais à ses volontés indiscrettes que des obstacles physiques ou des punitions qui naissent des actions mêmes, et qui'l suffit de l'en empêcher [...] Qu'il ne sache ce que c'est q'obéissance quand il agit ni ce que c'est qu'empire quand on agit pour lui». «Nunca opongáis a sus quererres indiscretos más que obstáculos físicos o castigos que nazcan de las acciones mismas y que él pueda recordar ocasionalmente: sin prohibirle hacer el mal basta con impedirsele [...] Que no sepa qué es obediencia cuando actúa, ni qué es una orden cuando procedemos por él» (9). Todo por suponer esta bondad natural, una voluntad que estaría libre del desorden hacia la soberbia y al gusto desordenado: «Quand la volonté des enfants n'est point gâtée par votre faute, ils ne veulent rien inutilement» «Cuando la voluntad de los niños no está viciada por vuestra culpa, nada quieren inútilmente» (10).

Es una perspectiva radicalmente invertida, respecto a la que nos es habitual. Nosotros partimos de la suposición de que el educador que procede bien está en la posición del orden, de la virtud, y ha de dirigirse al niño que naturalmente está en el desorden, en la impotencia. En este supuesto, ¿importa mucho saber qué piensa el niño? No lo creo. Rousseau, al contrario, parte de la suposición de que lo puro, lo recto, es la naturaleza tal como se da en el nacimiento, y lo corrompido es lo social, y por tanto el educador: éste es el corrompido y corruptor; en vez de dirigir al niño hacia *lo que ha pensar*, su gran estima ha de ser ver *qué piensa*. Por tanto «rien faire par obéissance, mais seulement par nécessité: ainsi les mots d'obéir et de commander seront proscrits de son dictionnaire; encore plus ceux de *devoir* et d'*obligation*; mais ceux de force, de nécessité, d'impuissance et de contrainte, y doivent tenir une grande place» (11).

Evidentemente si se supone que la naturaleza humana está por sí misma ordenada en todo, sin el desorden de la concupiscencia, que en los bautizados es una penalidad dejada después de perdonado el pecado original como causa de lucha y mayor mérito, se quita radicalmente el motivo para prevenir el futuro desorden, orientando al niño desde que empieza a manifestarse; si se bastase además a sí misma la naturaleza mediante la religión «natural»,

(8) O. c., libro I, pág. 41.

(9) O. c., libro II, p. 68, 69.

(10) O. c., libro II, p. 69.

(11) O. c., libro II, p. 73, 76.

¿por qué instruirlo desde la niñez en dogmas de Fe? Bastaría con dejarlo abandonado a sí mismo. Así hace Rousseau, que establece en el educando, según su edad, tres normas exclusivas de educación: a los más pequeñines, dice, sólo se les rige con la *necesidad*; a los medianos con la *utilidad*; a los mayores ya se les habla de la noción de *bien*.

En resumen, que esta primera educación ha de ser puramente negativa: «La première éducation doit donc être purement négative. Elle consiste non point à enseigner la vertu ni la vérité, mais à garantir le cœur du vice et l'esprit de l'erreur. Si vous pouviez ne rien faire et ne rien laisser faire; si vous pouviez amener votre élève sain et robuste à l'âge de douze ans, sans qu'il sût distinguer sa main droite de sa main gauche...» «La primera educación ha de ser, pues, puramente negativa. Consiste no en enseñar la virtud ni la verdad, sino a garantizar el corazón del vicio y el espíritu del error. Si pudiese no hacer nada y no dejar hacer nada; si pudiese llevar a su pupilo sano y robusto hasta la edad de doce años sin que supiese distinguir su mano derecha de su mano izquierda...» (12).

El único precepto que Rousseau exceptúa (no se ve con qué lógica, si supone que el niño nace naturalmente ordenado y sin concupiscencia original) es el de *enseñarle a no hacer daño a nadie*, de tal modo que hasta el precepto de hacer bien sólo tiene sentido, a sus ojos, en cuanto ordenado al anterior de no dañar a nadie (13).

Pero en fin, llegará la edad de la pubertad, hacia los 12 años para la niña y hacia los 14 para el niño. Entonces se planteará el problema para esta pedagogía «naturalista» y soberbia, que sin acudir a Dios ni a la gracia, cree que la naturaleza está por sí misma ordenada. ¿Qué hará Rousseau? ¿Cómo explicará su actuación en este caso?

La arbitrariedad de Rousseau en este punto llega a extremos tan inverosímiles, que si uno no leyere en sus escritos mismos lo que se le atribuye, no lo creería. Le parece lo más fácil del mundo: basta con alejar al niño del contacto de la ciudad y de los incentivos; adentrarlo en la naturaleza; imagina que con su educación *se irá retrasando por sí misma la edad de la pubertad* hasta el momento del matrimonio: «on peut accélérer et retarder cet âge selon la manière dont on élève les enfants» «Se puede adelantar y retrasar esta edad, según la manera de educar a los niños» (14).

Pero en fin, ¿hasta qué punto se evitará la rebeldía de la carne?, ¿hasta qué edad llegará esta naturaleza ideal, imaginada por el racionalismo enciclopedista? Rousseau no se para en barras: «Sur les raisons ci-devant exposées, j'estime que, par les moyens que j'ai donnés, et d'autres semblables, on peut au moins étendre

(12) O. c., libro II, p. 80.

(13) O. c., libro II, p. 95.

(14) O. c., libro IV, p. 245.

jusqu'à vingt ans l'ignorance des désirs, et la pureté des sens» «Por las razones antes expuestas, juzgo que con los medios que he dado y otros semejantes, se puede por lo menos retrasar hasta los veinte años la ignorancia de los deseos y la pureza de los sentidos» (15); más aún, «On peut même beaucoup prolonger cette époque, et il y a peu de siècles que rien n'était plus commun dans la France même», «hasta se puede prolongar mucho este período, y hace pocos siglos que nada era más corriente aun en la misma Francia» (16).

Pongamos el caso típico: un niño solitario, educado en un desierto, sin libros, sin instrucción y sin mujeres de ninguna clase: ¿qué haría? La respuesta de Rousseau es terminante: «Pour moi, plus je réfléchis à cette importante crise et à ses causes prochaines ou éloignées, plus je me persuade qu'un solitaire élevé dans un désert, sans livres, sans instruction et sans femmes, y mourrait vierge, à quelque âge qu'il fût parvenu» «En cuanto a mí, cuanto más reflexiono sobre la importancia de esta crisis y sobre sus causas próximas o remotas, tanto más me persuado de que un solitario educado en un desierto, sin libros, sin instrucción y sin mujeres, moriría virgen, fuera cual fuere la edad a que llegase (17).

Entonces consecuentemente, si por una parte le bastase la religión natural porque sin la ayuda de la gracia pudiese obtener su fin último, si por otro lado su razón fuera tan recta y potente que llevase a todos los hombres con claridad y certeza a conocer lo que les es necesario para salvarse, entonces ¿por qué instruir al adolescente sobre la existencia de Dios? — se pregunta Rousseau —. Nada de instrucción religiosa hasta los dieciocho años: «Je prévois combien de lecteurs seront surpris de me voir suivre tout le premier âge de mon élève *sans lui parler de religion*. A quinze ans il ne savait s'il avait une âme es pent—être à dix—huit n'est-il pas encore temps qu'il l'apprenne; car, s'il l'apprend plus tôt qu'il ne le faut, il court le risque de ne le savoir jamais». «Preveo cuántos lectores quedarán sorprendidos al verme seguir toda la primera edad de mi pupilo *sin hablarle de religión*. A los quince años no sabía si tenía alma y quizá a los dieciocho no ha llegado todavía el tiempo de enseñárselo; pues si lo aprende más pronto de lo que conviene, corre el riesgo de no saberlo nunca» (18).

Tenemos, pues, a este pequeño salvaje, que a los diez y ocho años aún no ha oído hablar una palabra de religión, ni sabe si tiene alma inmortal o si muere como los perros. Nosotros sabemos por el contrario que el conocimiento de Dios le vendrá espontáneamente al hombre, al pensar en el Primer Principio y Causa Suprema que ha creado el mundo y todas las cosas; pero ¿de qué

(15) O. c., libro IV, p. 383.

(16) O. c., libro IV, p. 383.

(17) O. c., libro IV, p. 404.

(18) O. c., libro IV, p. 301.

manera tan llena de groseros errores, incertidumbres y menguada, en los más de los casos!

No sólo esto, de hecho sabemos que hay una religión verdadera, la única; y que aunque los hombres que estén de buena fe en otra religión pueden salvarse si mueren en gracia, no obstante sólo hay *una* verdadera.

El racionalismo de Rousseau y la Enciclopedia liberal chocan con esta nueva dependencia; su soberbía no puede admitirlo; le basta al hombre con la que llama Rousseau religión natural, *sin dogmas, sin revelación positiva, sin verdad objetiva* a que someterse.

Por tanto Rousseau rechaza (rasgo típico en el liberalismo, que inmediatamente después de él cristalizó en la Revolución francesa) rechaza, digo, lo que llama «intolerancia» o «intransigencia». ¿Cuál es el primer principio de la intolerancia? «*Il faut croire en Dieu pour être sauvé. Ce dogme mal entendu est le principe de la sanguinaire intolérance, et la cause de toutes ces vaines instructions qui portent le coup mortel à la raison humaine*» «*Hay que creer en Dios para salvarse*. Este dogma mal entendido es el principio de la sanguinaria intolerancia, y la causa de todas estas vanas instrucciones que dan el golpe mortal a la razón humana» (19) ¡Cómo resuena en esta frase toda la miseria del liberalismo que ha sacrificado la paz del alma y la seguridad de quien sabe está en posesión de la verdad revelada por Dios! Sin embargo los católicos sabemos que este principio que Rousseau llama «el principio de la sanguinaria intolerancia» es un principio revelado por Dios: «Sin fe es imposible agradar a Dios, pues es necesario que quien se llega a Dios crea que existe y que es remunerador para los que le buscan» (20) «Entendiendo, empero, que no es justificado un hombre por las obras de la ley, sino por la fe de Cristo Jesús, nosotros creímos en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe de Cristo, que no por las obras de la ley; pues por las obras de la ley no será justificado mortal alguno» (21).

Rechazado, pues, lo que para nosotros es dogma de Fe, a saber, que sólo hay una Religión verdadera revelada por Dios y que sólo hay salvación por la Fe (hasta los paganos que con buena voluntad están en otra y se salvan, se salvan por pertenecer al alma de la Iglesia y participar en la gracia de Jesucristo), también rechaza Rousseau lo que él llama «dogma horrible» de la intolerancia «*Hors de l'Eglise point de salut*» «Fuera de la Iglesia no hay salvación posible».

Pero las consecuencias que de ahí fluyen son inevitables: así todas las religiones serían igualmente verdaderas... Esta es la filosofía relativista latente bajo el liberalismo; este es el esce-

(19) O. c., libro IV, p. 301.

(20) Hebr., 11, 6.

(21) Gal., 2, 16.

ticismo que explica el porqué de una indiferencia práctica, si está apoyado por una indiferencia teórica. Rousseau lo dice y repite sin cesar: las más diversas religiones «je les crois toutes bonnes» «creo buenas las más diversas religiones» (22). Con ello cae en un verdadero escepticismo en lo más importante: «Voilà le scepticisme involontaire où je suis resté», «Este es el escepticismo involuntario en que he quedado» (23).

Para él que cuando esto escribía no eran previsibles las consecuencias fatales que con el correr de los años acarrearía este relativismo doctrinal, aún no era penosa esta posición, como pasa con todo el que rompe una ley, que al principio sólo cree encontrar facilidades: «ce scepticisme ne m'est nullement pénible, parce qu'il ne s'étend pas aux points essentiels à la pratique» este escepticismo de ninguna manera me es desagradable, porque no se extiende a los puntos esenciales de la práctica» (24). Pero pronto había de pasar al fin de su vida lo que pasa a la larga a todo escéptico; le sobrevino una amargura horrible, como nos refiere él mismo en sus *Meditaciones de un paseante solitario*. Entonces no tenía un asidero doctrinal firme, fuera de esta esquelética razón de la religión natural por un lado, y de su sentimentalismo filantrópico por otro, sentimentalismo tan característico del liberalismo, que tampoco podía llenar los anhelos de su alma.

Pero las consecuencias obvias de las posiciones iniciales de Rousseau aparecieron al correr de los años ante sus sucesores y todavía perduran en la Europa de hoy: es imposible mantener unas ideas puramente en el orden especulativo, sin que a la larga no vayan o lleven a la práctica. El estaba al principio de este camino y no preveía a dónde llegaría; pero los europeos de hoy lo han visto. Se hundió todo el catafalco del hombre soberbio que se creía «autosuficiente»: de decir «con mi razón lo puedo todo, basta la religión natural para tener convicciones sobre la inmortalidad del alma, la naturaleza de Dios, la moral» han pasado a decir «con la razón no podemos nada y quedamos abandonados»; de decir, «la moral se mantendrá por la sola razón», han llegado a decir, como Sartre, como Jaspers, «todo está permitido»; de decir, «no me es penoso este escepticismo» han pasado a la angustia y a la desesperación del existencialismo; de decir «todo es igualmente verdadero, basta respetar a los demás», han concluido diciendo «nada es propiamente verdadero, y por tanto si no hay derecho ni moral objetiva, sólo rige la ley del más fuerte» tanto si este es el superhombre de Nietzsche, como la raza de Rosenberg, o el Estado con la dictadora del proletariado, de Marx.

Muy ciego ha de estar quien no sepa ver la Filosofía que se desprende de esta Historia para sacar las consecuencias que espontáneamente brotan de ella.

(22) O. c., libro IV, p. 371.

(23) O. c., libro IV, p. 371.

(24) O. c., libro IV, p. 371.

Ahora bien, toda esta tragedia íntima de los hombres de la Revolución, que llevados por la lógica interna de los hechos han demostrado por sí mismos la gran debilidad de esta «razón» y de este «santo laico» con su «integridad natural», por cuyo enaltecimiento se separaron de la Revelación de Dios, y de su gracia, manifiesta también cuál es el camino que de un modo enteramente paralelo sigue la pedagogía; y de rechazo cuál ha de ser la pedagogía salvadora del futuro.

Cierto, a veces es enteramente lícita y aun aconsejable la tolerancia, es decir, la permisión de un mal, cuando de querer impedirlo se impediría un mayor bien, o cuando no está en nuestra mano quitar este mal y meramente lo permitimos sin defenderlo. Pero nunca será esta *hipótesis* una *tesis*: es decir, nunca reconoceremos los católicos *derechos objetivos al error y al mal*, por el hecho de tolerar al que va errado y al malvado. A veces será preciso tolerar al que va errado y al malvado, pero de tal manera los tolerará el católico recto, que esto no lo hará nunca por indiferencia a la verdad, como si objetivamente tuviera que ser indiferente una doctrina u otra, sino sólo como un mal menor, sólo como una triste necesidad provisoria, que no impide de ninguna manera el anhelo de la verdad, con la lucha por su difusión y con la esperanza de su triunfo final.

Ante estas directrices supremas es bien claro qué ha de decir la pedagogía que se coloque ante el educando como hombre. El niño que hemos de educar es un hombre en formación. Hemos de ponernos a su lado como ayuda para sostenerlo y vigorizarlo en la trayectoria vital que ha de recorrer hasta su plena estructuración humana. Pero sabemos muy bien que es un hombre caído, dotado de una naturaleza lastrada por las penalidades consecuentes al pecado original; una naturaleza que dista mucho de ser cualquiera de los dos extremos opuestos: ni un ángel, como concebía el liberalismo rousseauiano, ni un borrego de rebaño, como por reacción contra ello concebiría el nazismo y el comunismo. Ni ángel, ni bestia, simplemente hombre, pero hombre caído, es decir que es capaz de sobreponerse a sus pasiones y concupiscencias, capaz de vencer su ignorancia acerca de lo más grave y alto, si cuenta con la ayuda que Dios le ofrece, para elevarlo a la dignidad de hijo de Dios, en quien sabe que tiene su fin último.

Luego ya en cuanto alumbra el primer destello de la razón, el niño ha de ser ayudado (siempre dentro de la medida en que es capaz, sin la menor violencia) a que con su razón vaya conociendo a Dios y cuán razonable es admitir su testimonio, en el cual habrá verdades (los misterios divinos) que superarán inmensamente el alcance de la misma razón humana, como la esencia del Ser Infinito supera la de la naturaleza creada.

Hay que asistir al educando en sus caídas y faltas para que se acostumbre a pedir a Dios la ayuda, es decir, esta gracia misericordiosamente ofrecida, con la que podrá vencerse a sí mismo si colabora con ella, en vez de caer en la horrible postración del paganismo.

En una palabra, la educación tiene toda su razón de ser en coadyuvar a aquel ser en desarrollo, en formación, que es el niño o el joven, para que pueda llegar más fácilmente con estas ayudas, al fin a que está destinado, que es la consecución sobrenatural de la felicidad eterna, mediante la posesión de la gracia y amistad divina, ya en esta vida.

Ayudarle a formar, desde que aparece la primera oportunidad, estos hábitos que le hagan después fácil la virtud, es tarea del buen educador. Sabemos que el niño tiene una naturaleza y que en ella hay mucho bueno; no lo hemos de negar, ni violentar de ningún modo en todo esto; sabemos también que hemos de valerlos de ella para que poco a poco vaya descubriendo por sí mismo y con nuestra ayuda, el ejercicio natural de la razón y el dominio responsable de la voluntad. Pero no podemos contentarnos con una naturaleza salvaje, dejada a sí misma, preocupados por ver «qué piensa» el niño, como si en su naturaleza todavía en formación no pudiesen producirse desviaciones, antes de llegar a saber «qué debe pensar».

El fin de esta educación rousseauiana no sería como el utópico soñador de Ginebra imaginó, producir un Emilio idealizado, sino que así como con su libro (resumen y síntesis de la mentalidad de la revolución) llevó a la sociedad moderna a la negación de sí misma, a la negación de la misma razón, de la misma naturaleza, de la misma libertad, por cuya exageración había empezado; del mismo modo su educando, recibiendo su deformación naturalista, se hallaría al fin por necesidad débil ante la virtud, indiferente ante la verdad, despreciador del poder de la razón, para conocer con firmeza, claridad y amplitud la verdad sobre su fin último y la naturaleza de Dios, y por tanto angustiado, oprimido, como lo están muchos hombres de hoy. Y si en algún caso privilegiado el educando excepcionalmente dotado reaccionase por sí mismo, ciertamente no sucedería a la larga con todos, con facilidad, y sin errores, como sucede en aquella posición ofrecida de lo Alto, que Rousseau locamente despreció.

Citemos frente al núcleo central de la pedagogía rousseauiana, que hemos expuesto, aquellas palabras de S. S. Pío XI, en su magna Encíclica sobre la enseñanza, *Divini illius magistri*, en la que dice: «Toda educación de niño que se ciña a las puras fuerzas de la naturaleza, por lo mismo rechaza o descuida lo que ayuda a informar de un modo divino la vida cristiana, por lo cual es falsa y está plagada de errores; y cualquier método o procedimiento de educar a la juventud, que no preste ninguna atención o casi ninguna a la culpa original transmitida por nuestros primeros padres a todos los hombres, y a la gracia de Dios, y que por lo mismo se funde del todo en las solas fuerzas de la naturaleza, se separa completamente de la verdad» (25).

(25) PIUS XI: *Divini illius Magistri*. Acta Apostolicae Sedis XXII (1930) 49 - 86, página, 69.

Después de haber examinado la equivocada mentalidad pedagógica de Rousseau, uno se pregunta: ¿No habrá acaso algo de esto en el fondo de estas interminables y reiteradas encuestas, preocupaciones y escritos, que en estos últimos tiempos observamos como si nos trajeran una gran novedad?

¿No sería más oportuno que nos preguntásemos: *qué ha de pensar el joven de hoy?* Bien está, desde luego, que el educador conozca a fondo qué piensa el niño, qué piensa el adolescente, qué piensa el joven; pero ha de conocerlo *para poder dirigirlo* mejor hacia lo que debe pensar, sentir y amar; no como si comprobar lo que piensa fuese una situación inapelable, ante la cual el educador no tuviese que hacer nada, porque la naturaleza por sí sola le llevará a que sea siempre acertado lo que piense y no deba conocer las palabras de «dirección», «obediencia», «Dios», «Revelación cristiana», como por desgracia no las conocía Rousseau, y tras él toda la mentalidad liberal que sigue causando estragos entre los católicos que son superficiales.

Con esto se ve bien, ¡hasta qué punto estamos inermes, inactivos, vencidos, ante las ideas que han triunfado «allí»..., en otros sitios de relumbrón y de prestigio! ¿Basta con que cualquiera de nuestros jóvenes cruce las fronteras para que se venga trayéndonos como si fuera una gran novedad la mentalidad rousseauiana en putrefacción desde casi dos siglos, que han traído tantos males?

No quiero decir que el educando, a medida que se desarrolla, haya de estar «pasivo»; de ninguna manera. Ha de estar «activo», *ha de ir adquiriendo «progresivamente» conciencia de su personalidad*, ayudado por el educador; pero aun cuando él fuera capaz en alguna hipótesis de producir un fruto sazonado (revista, libro, conferencia, etc.), lo cual a veces es muy posible, hay que repetir e inculcar que mientras está en período de educación y formación *no se halla en estado* de dar, sino de recibir; que sus logros, sus triunfos, su pensamiento, no han de ser mirados como un fruto maduro (aun cuando en algún caso lo fueran), sino como *un ejercicio* que bajo la obediencia a Dios y a los que El ha puesto, le hace más apto para pensar mejor mañana, con más conocimiento de causa, y más madurez.

Peró, ¿cómo podemos quejarnos de que invadan nuestra sociedad estas mentalidades equivocadas y un tan grave mal, si nos preocupamos más de nuestras industrias, de nuestros vestidos, de la belleza de nuestra vivienda que del impulso a la cultura netamente católica, y los responsables y dirigentes de nuestra sociedad todavía no han descubierto que hay «un solo maestro» (26) y todos «hermanos», porque venimos de un mismo Padre, Dios?

Una vez más, digámoslo bien alto desde nuestro INSTITUTO FILOSÓFICO, y que al conjuro de esta voz se hiendan las piedras y den salida a fuentes de aguas vivas.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.